

## RECUERDOS PARA UN CORPUS PASADO \*

*(Apuntes sobre la devoción eucarística en Sevilla)*

Por JUAN COLLANTES DE TERÁN

En la fe popular sevillana la Eucaristía tiene un lugar preeminente. Lo tiene, y voy a citar un curioso ejemplo, casi desde el momento mismo en que ocurre la fundación de la Primitiva Hermandad de la Cena, antes de unirse a la Cofradía de la Sagrada Humildad y Paciencia en su sede del templo parroquial de Omnium Sanctorum y, por supuesto, antes de que en la iglesia del Convento de San Basilio se fundiera con la de Nuestra Señora del Subterráneo. Es decir, que en torno a 1580, tal vez antes, una hermandad de sangre rendía culto al misterio de la Eucaristía, coincidiendo además con las fechas en que Sevilla conmemoraba, como vamos a ver después, con verdadera apoteosis popular la festividad del Corpus Christi. Creo que este dato cronológico no debe pasar desapercibido.

Pero quiero destacar también la estación penitencial de la citada Hermandad de la Cena a la Santa Iglesia Catedral nada más comenzar la Semana Santa, el Domingo de Ramos. Tal vez el orden de prelación en la antigüedad lo exigiera, pero lo cierto es que desde hace relativamente poco tiempo, hasta la fundación de la Hermandad del Porvenir, los nazarenos blancos de la Cena abrían el pórtico de la Semana Mayor sevillana. Se rompía el esquema lógico del desarrollo de la Pasión, como ocurre con otras hermandades; la Cena, que hubiera tenido su lugar exacto para realizar la estación penitencial el Jue-

---

\* Texto leído en la sesión ordinaria celebrada en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, el día 27 de mayo de 1983.

ves Santo, lo hacía el Domingo; al principio de la semana, como para mostrar al pueblo que *«En la víspera del día solemne de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de su tránsito de este mundo al Padre, como hubiese amado a los suyos, que vivían en el mundo, los amó hasta el fin»* (Juan 13, 1). Y comenzó la cena, sigue narrando el evangelista, donde les daría un nuevo mandamiento: *«que os améis unos a otros; que del modo que yo os he amado, así también os améis recíprocamente. Por aquí conocerán que sois mis discípulos, si os tenéis amor unos a otros»* (Juan, 13, 34-35).

De esta forma, a la Semana Santa de Sevilla se entra por el Amor en el pasaje de la Cena Sacramental del Domingo de Ramos y se cierra también ese mismo día con el Amor, con el Jesús crucificado y muerto del Salvador; muerto precisamente por su amor a los hombres. He aquí en la apretada síntesis de unas horas de la tarde y noche del primer día de la Semana Mayor, toda una teoría de la Redención que Sevilla elabora, me atrevería a decir que conscientemente, desde el mismo momento en que esa catequesis de la Pasión comienza a desenvolverse en el pueblo. Por el Sacramento de la Eucaristía a la muerte por Amor es donde culmina la obra redentora de Jesucristo.

No descubriría gran cosa si dijera que con una gran ternura Sevilla cuida, además, los «monumentos» del Jueves Santo. La liturgia actual ha hecho que la devoción popular de esas visitas haya quedado relegada a unas pocas horas de la tarde, pero todos recordamos la luminosa mañana del Jueves y el trasiego en iglesias durante toda la jornada para adorar a Jesús Sacramentado. Muchos lucían, entonces, unas galas especiales: la mantilla, el traje negro. El templo abierto de par en par era como una delicada invitación para entrar a rezar la estación al Sacramento.

Para esta ocasión también desde entonces había preparado Sevilla la manifestación especial de culto externo. Y la había ordenado a su aire, dentro de una estética especial, yo diría que eminentemente sevillana. Porque el «monumento», como centro de atención para la adoración, pide, si no fastuosidad, que eso se quedaba para la Catedral, sí un mínimo de sentido decorativo, para quien va dirigido y para quienes van

a rezar; creo que el sevillano, y el andaluz en general, que tienen muy desarrollado el mundo de sus sensaciones particulares, necesita como aditamento estético para su religiosidad un clima adecuado de luz, de olor y color.

Sevilla tuvo la grandiosa arquitectura efímera en la Catedral que nunca debió perder; y tuvo además para esta liturgia eucarística del Jueves Santo unos magníficos «monumentos» en las antiguas parroquias de la ciudad. Quiero, sin embargo, evocar aquí esos sencillos altares en los conventos de clausura sevillanos, joyas de la delicadeza y el buen gusto. «Monumentos» de Santa Clara, Santa Inés, Santa Isabel, Santa Paula, la Encarnación, Espíritu Santo y tantos otros que se escaparían a la enumeración. Recuerdo, no hace mucho, entrar casi en el ensimismamiento cuando acudí a visitar el «monumento» de las Mínimas en Triana. No sabría describirlo, por su sencillez, por la ternura con que estaban tratados los humildes objetos que decoraban manteles, floreros, candelabros, alguna bandeja de plata, para el ornato de la urna donde se Reserva el Cuerpo de Cristo; y todo ello también envuelto en un penetrante olor a rosas —¡sí, recuerdo muchas rosas!— que habrían sido cuidadas para ese día, para estar junto al Sacramento, abiertas en la plenitud frondosa de su efímera vida y allí mismo, en aquel lugar, junto a El, empezar a languidecer hasta secarse por la tarde; aquellas rosas eran el símbolo de unas mujeres que tras la reja del coro rezaban; unos seres que lo habían dado todo por Cristo y junto a El, diariamente, en la oración y el trabajo, consumían sus vidas en la mejor entrega de Amor que puede darse. Creo que Sevilla no puede perder nunca esta manifestación del culto al Sacramento eucarístico y lamentaríamos pérdidas irreparables, como el monumento de la Catedral al que antes he aludido, si no cuidásemos en nosotros y en nuestros descendientes una tradición que no debe nunca desaparecer.

Pero donde culmina la devoción sevillana a la Eucaristía es en la festividad del Corpus Christi. Ese esplendor proviene de siglos anteriores. Vicente Lleó y Cañal ha estudiado el «Arte y espectáculo: La fiesta del Corpus Christi en Sevilla en los siglos XVI y XVII», y ha llegado a la conclusión de que:

«Pocas ciudades de España pueden rivalizar con Sevilla en estos siglos, en la celebración de la fiesta del Corpus. Aunque no parece ser de las primeras ciudades que comienzan a conmemorar esta Institución, durante esa época particularmente adquiere un auge extraordinario». Según observa un testigo, hacia 1594, la fundación de la Hermandad de la Cena dijimos que fue en 1580, la fiesta le cuesta a las autoridades municipales 5.500 escudos, a lo que habría que sumar los desembolsos del Cabildo Eclesiástico para el adorno de la Catedral y las innumerables decoraciones callejeras que costean los propios vecinos. Sevilla, por estas fechas, enriquecida por la plata que llega de Indias, se considera, como dirá Mejías: «lucero de España y archivo y tesoro de su grandeza» y no tolera que ninguna otra ciudad le haga sombra en cuanto a magnificencia.

La ciudad se vinculaba así a una antigua tradición de la Iglesia, toda vez que la institución del Corpus fue imponiéndose poco a poco en el cristianismo medieval. La Iglesia recomendó primero y ordenó después, la celebración de la fiesta del Corpus Christi para que los fieles honrasen el Sacramento de la Eucaristía, el milagro repetido en la misa, de la transustanciación del pan y del vino en el Cuerpo y Sangre del Redentor. La festividad representa la culminación de una tendencia hacia el culto eucarístico cada vez más solemne. La elevación, el acto de adorar la Sagrada Forma, empezó a formalizarse litúrgicamente a mediados del siglo XII. Después de la consagración se adoraban en el Pan y en el Vino la Presencia Real. Este movimiento eucarístico llegó a su punto culminante cuando se señaló por fin un día del año eclesiástico en que se afirmaba y se adoraba públicamente la presencia divina en la Sagrada Forma.

La bula del Papa Urbano IV que estableció el Corpus Christi como una de las grandes fiestas de la Iglesia, tardó en entrar en vigor a causa de la súbita muerte del Pontífice, con la consiguiente confusión en Roma. Le tocó a Clemente V, Papa ya en Aviñón, confirmar la bula en el Concilio de Viena en 1311 y exigir a todos los católicos la celebración de la fiesta. Se fijó entonces en el jueves siguiente a la Trinidad.

Después el Papa Juan XXII, también en Aviñón, en la primera mitad del siglo XIV, añadió a la festividad otro elemento que pronto pasó a ser tradicional. Prescribió para todas las parroquias «procesiones especiales», en que se paseara el Cuerpo de Cristo por las calles para que todos los hombres pudiesen contemplarlo y adorarlo. La procesión llegó a ser el punto culminante del día, porque los funcionarios locales, las Ordenes religiosas, los gremios de artesanos y otros grupos cívicos salían a la calle con todo esplendor a fin de dar escolta a la Sagrada Forma y adorarla en las paradas que se señalaban. Hemos de afirmar aquí que la exaltación y la pompa religiosas de la procesión al aire libre contribuyeron a arraigar el Corpus Christi más hondamente que otras fiestas eclesiásticas en el corazón del pueblo español. Y Sevilla no será una excepción.

A dos siglos de la implantación de la fiesta, el Concilio de Trento —de composición predominantemente española— promulgó un decreto que definía la significación del Corpus con un sentido muy afín con la misión evangelizadora de España. En la Sesión XIII, de 11 de octubre de 1551, volvió a reafirmar la doctrina tradicional: la Eucaristía era, como los demás sacramentos, el símbolo de un misterio sagrado y la forma visible de una gracia invisible; debía venerarse particularmente en un día específico del año; en ese día se pasearía la Sagrada Forma por las calles y las plazas públicas. A esta afirmación de la tradición se agregó un elemento nuevo. El Concilio recomendó que se celebrara la fiesta como manifestación del triunfo de la verdad sobre la herejía, para que se confundieran los enemigos del Sacramento viendo el regocijo universal de la Iglesia, o bien para que se convencieran de sus errores mediante la saludable turbación que en ellos suscitara el espectáculo. Este nuevo aspecto del Corpus, arma de la Contrarreforma, influyó mucho en el desarrollo de la representación sacramental en la última mitad del siglo XVI.

De todas las ceremonias de la festividad del Corpus, la procesión es la que más nos interesa, por ser el centro vital del día y tener en sus danzas y cuadros a lo vivo un parentesco evidente con el drama. El Corpus Christi, dice Wardropper,

es a la vez una fiesta solemne y alegre. En las procesiones, pues, el recogimiento ante el milagro de la Transustanciación se mezcla con expresiones de alegría por la gracia de la redención perpetua concedida por Dios a través de la Sagrada Forma, elemento principal de la procesión. Las dos emociones difícilmente pueden compenetrarse. En la práctica, quedan separadas e imprimen en el desfile el contraste medieval entre lo sublime y lo grotesco. Después de arrodillarse humildemente cuando pasaba el Cuerpo de Cristo delante de sus ojos, los espectadores, en tiempo de los autos, se entregaban a risa o al desenfado cómico al ver, por ejemplo, la Tarasca, o al presenciar las danzas o los carros o cualquier otra manifestación profana de las figuras fantásticas que participaban en la procesión. El teatro ya estaba vinculado al ciclo litúrgico del Corpus, como antes formaba parte de los autos de Navidad y de la Pasión.

Lleó nos ha descrito las diversiones que se hacían para aquella solemnidad. Digamos que «las danzas», los Gigantes, la Tarasca, las Mojarrillas y, más tarde, el Padre Pando, la Madre Papahuevos y los Hijillos, son todas figuras grotescas y ridículas que ponían su contrapunto profano y burlesco a la solemnidad celebrada, entrecruzándose continuamente a la procesión con la mayor naturalidad. La Tarasca era particularmente querida por el pueblo sevillano; los Libros de Propios municipales reflejan la solicitud con que se atendía a su mayor lucimiento. En un principio, la Tarasca era un monstruo de siete cabezas y cuerpo de serpiente; sobre el castillejo que llevaba en el lomo iba un muchacho, el «Tarasquillo», cuya especialidad consistía en arrebatar las caperuzas de los espectadores embobados. Las «mojarrillas» eran unas cuadrillas de niños vestidos de diablillos que golpeaban a diestro y siniestro con vejigas llenas de aire. Los Gigantes bailaban al son de la música. Todo ello entremezclado, de la manera más natural, con las reliquias de los Santos, la Custodia e incluso las autoridades eclesiásticas y civiles. «Los constantes esfuerzos por parte de éstas por asignar a las figuras grotescas un puesto fijo en la procesión —en la cabeza, abriendo la marcha— ponen de relieve has-

ta qué punto resultaban difíciles de controlar. Característicamente, la crítica posterior erudita ha buscado en todas ellas un simbolismo que preservase la unidad ortodoxa de la manifestación del Corpus» (Lleó, 97 y sig.)

En la referencia a la ciudad en este momento de auge tridentino que adquiere la festividad del Corpus, pienso que responde la fundación de la Hermandad de la Cena Sacramental a la que antes aludimos, que coincide poco más o menos por estos años en la parroquia de *Omnium Sanctorum* o en la de San Nicolás, como creen otros historiadores. Está claro que su nacimiento es la respuesta a una postura conciliar de sacar a la calle el misterio que contempla el pasaje de Jesús reunido con sus discípulos en el momento cumbre de la institución de la Eucaristía con una intención claramente catequética, como pedía el Concilio de Trento, sin perder el sentido penitencial de una forma de culto externo que desde entonces llega hasta nosotros.

A este momento, además, responde la participación del pueblo en dicha solemnidad y que se remontaría, según los documentos más antiguos, hacia 1454 en que los datos permiten ya una reconstrucción de aquellas fiestas, lo que permite a través de ellos trazar la línea de continuidad que enlaza con algunos de los rasgos más característicos de la fiesta y del aparato escenográfico en su momento de plenitud. Las «rocas», los «castillos», los «carros», etc., serán los elementos más reiterados para el regocijo de los que presenciaban la procesión y a medida que transcurren los años elaboran un concepto de escenografía casi teatral muy del gusto de la época. A ellos hay que unirles los grupos de danzantes y coros que formaban un vistoso cortejo. A pesar de tener una posible interpretación simbólica, el espíritu carnavalesco y las danzas constituían la vertiente ya exagerada por su alegría en la procesión. Por ello, no es de extrañar que en 1690 Andrés de Herrera pidió que se suprimieran las danzas, alegando que los ejecutantes bailaban delante de la Custodia con el sombrero puesto, y que se mezclaban promiscuamente hombres y mujeres con la cara cubierta con una máscara (Cfr. Lleó, 98).

A partir del siglo XVIII, al prohibirse los autos sacramentales y otras representaciones, las diversiones públicas para este día sufrieron un rudo golpe. Sabemos que las autoridades eclesiásticas y civiles fueron suprimiendo poco a poco lo que de burlesco y de regocijo había en la procesión. Los testimonios posteriores, no sólo literarios, sino en dibujos y grabados hechos por los viajeros románticos en Sevilla, nos muestran un cortejo muy parecido al que ha llegado hasta nosotros. He tenido ocasión de consultar el manuscrito de González de León que se guarda en el Archivo Municipal de la ciudad y describe la procesión del Corpus en Sevilla casi de la misma forma en que nosotros la conocemos. Por eso me vais a permitir que evoque mis recuerdos infantiles de este día, que esperábamos con impaciencia desde fechas anteriores; son esas primeras impresiones de niño que quedan fuertemente grabadas y difíciles después de olvidar, a pesar del transcurso de los años.

Todos los años íbamos a ver la procesión del Corpus.

Los sevillanos tenemos conciencia de unas horas meridianas en la ciudad. En Sevilla hay una madrugada única, la del Viernes Santo, que va desde la salida de la Macarena, hasta que la Hermandad de los Gitanos llega a la calle Orfila cuando empieza a amanecer. Lo mismo que hay un atardecer único y específico en el compás de Santa Clara; aquel que nos describía el poeta entrañable Joaquín Romero Murube: «Un débil reflejo de oro agranda por las paredes la sombra de las flores. La portera, esta viejecita tan sevillana, tan amable, tan limpia, que nos ha abierto al entrar, riega cuidadosamente las macetas. Huele a tierra mojada. La tarde pierde la linde de sus horas. Las albahacas, los jazmines... dan la fragancia delirante de sus hojas. Y cuando mayor es el silencio y la paz del atardecer, suena la esquila en la espadaña: la oración». Y hay también dos mañanas incomparables en Sevilla: la del 15 de agosto y la del Corpus; la primera más espesa, de robusta luz en la Plaza de la Virgen de los Reyes, densa de brocados y de olor a nardos..., y la del Corpus, más fina; es la mañana de la espiga y el ro-



mero; yo diría que casi más transparente... Esa mañana íbamos a ver la procesión del Corpus.

Por la calle de Pajaritos empezaba a presentirse el olor a romero. Algo extrañábamos en aquellas calles recorridas habitualmente durante el año. Un cielo limpísimo comenzaba a reflejarse con el sol del nuevo día en las azoteas. Por Francos entrábamos ya en el itinerario que hacía la procesión; la tropa cubría la carrera y las ramas verdes, el romero y la juncia, alfombraban las calles. Siempre me llamaba la atención la fachada de la «Ciudad de Sevilla», esquina a Blanca de los Ríos, decorada con colgaduras, pabellones y doradas galerías con vistosos flecos dorados. En mi mentalidad de niño comprendía que aquel día tenía una significación muy especial. Nos cruzábamos con gentes que iban y venían en diversas direcciones, por lo que a mí me parecía entonces un laberinto de calles. Aligerábamos el paso y desembocábamos en la Plaza del Salvador: un gran toldo cubría la plaza y guirnaldas verdes se enroscaban por los postes en donde se sujetaban. Delante de la fachada de la iglesia estaba la Virgen del Voto colocada en vistoso altar, y congregaba ya a numeroso público que se disponía a presenciar la procesión. Después, por Entrecárceles, salíamos, por fin, a la Plaza de San Francisco, frente al Ayuntamiento, desde donde todos los años veíamos el desfile. Los toldos, arcos, reposteros en la fachada plateresca y el altar de plata dejaban una viva impresión en mis ojos; junto al Arquillo formaban los Lanceros de Villaviciosa, con sus uniformes celestes y cascos dorados, en sus caballos, al sol de junio cayendo ya de plano sobre la Plaza de San Francisco y la calle de Génova.

Recuerdo siempre a los niños del Asilo de San Fernando abriendo la procesión; aquellos que no estrenaban nada el día del Corpus como nosotros, y al pasar me dejaban un regusto de tristeza que entonces no alcanzaba a comprender. Después, un largo cortejo de asociaciones religiosas, congregaciones...; de vez en cuando unos sorprendentes pasos que extrañaba mucho: Santas Justa y Rufina, San Leandro, San Isidoro..., pasos con ruedas, con cuatro candeleros altos en

las esquinas; eran unas andas que se movían con dificultad; en verdad que todo era insólito en aquella mañana.

La procesión se animaba cuando aparecían las representaciones de las Hermandades de penitencia con sus estandartes y varas. Seguíamos el orden de estación penitencial de cada día; la Cena, la Hiniesta, San Roque... A veces faltaba alguna y ya perdíamos la relación, hasta que alguna insignia significativa nos permitía reconstruir aquella Semana Santa fugaz e imaginada que pasaba ante nuestros ojos. Hermandades Sacramentales... El paso de San Fernando con las representaciones militares y el pendón añejo de tafetán y seda. La procesión iba subiendo de color y sonido; había como un ascenso sensorial cada vez más marcado que se acentuaba con las representaciones de etiqueta; me decían mis padres que eran las Academias, la Universidad, la Audiencia... y el paso de la Inmaculada, «la ciegucecita», ¡qué a gusto en su serenidad de Virgen y Madre, en la ciudad que desde siglos había defendido su Pureza!, y aquel día, por las calles de junio, era contemplada y precedía a su Hijo hecho Cuerpo Real en la Eucaristía. Como siempre, no lo olvidemos, nos encontramos con la Teología Mariana de Sevilla en triunfo.

Yo esperaba todos los años la presencia de los «carráncanos», de la Sacramental del Sagrario, con sus pantalones y sotana rojos y amplio roquete, cubiertos con curiosos sombreros, más parecido a las antiguas prendas de cabeza de los militares; iban con hachón de cera roja apoyado en la cintura y era para mí una delicia verlos e imitarlos después durante varios días en mi casa. El mismo aire viejo tenían las cruces parroquiales, las «manguillas», enormes y abultadas, llevadas por sacristanes con sotana y sobrepelliz en un mar de cruces de plata, joyas de la orfebrería andaluza; después el pequeño paso del Niño Jesús y la Custodia Chica con toda la clerecía de la ciudad. Sí, iba a llegar el momento cumbre de la procesión: a las nueve en punto, la Giralda echaba al vuelo sus campanas y las salvas atronaban el aire limpio de la mañana; la tropa rendía sus armas y el Cuerpo de Cristo aparecía solemne en la Custodia de Arfe,

como una catedral de plata, entre el incienso y los cánticos de los seises, de rojo, y la escolanía, con la escolta de sacerdotes párrocos de Sevilla, con casullas blancas y bordadas en oro; era impresionante ver cómo a su paso el público de rodillas adoraba al Sacramento. Lentamente pasaba la procesión y la Custodia, como diría Juan Ramón Jiménez: «ornada de espigas granadas su calada platería, iba despaciosa en su nube celeste de incienso. En la plenitud de la mañana se alzaba limpio el latín de los motetes eucarísticos y el sol, rotundo ya a esa hora, quebraba su rayo en la cargazón de la plata o en el oro viejo de las dalmáticas y las capas pluviales». A lo lejos, la Giralda, loca de alegría en su repique continuado, se elevaba más alta que nunca con su corte de pájaros madrugadores.

Detrás de la Custodia iba el Cardenal de Sevilla, D. Pedro Segura y Sáez, con sillón de respeto y quitasol, y las Corporaciones de la ciudad, bajo mazas; y detrás la compañía de honores con bandera y banda, poniendo en el aire marchas que me recordaban las de la Semana Santa. La procesión, lentamente, seguía por Sierpes y se perdía a lo lejos. Después esperábamos la entrada de la Custodia en la Catedral para ver el desfile de la tropa que había cubierto la carrera.

Todos estos recuerdos infantiles, fuertemente grabados se relacionan con otro que con brevedad quiero confiaros. Muy niño tuve un maestro, un ejemplar religioso que nunca volví a ver después, quien en una víspera de este día del Corpus nos habló en clase del sentido litúrgico de la festividad que se iba a conmemorar. Y su explicación se basó en contarnos el pasaje evangélico del ciego de Jericó. Buscó el paralelismo adecuado en que Jesús iba a salir a la calle, seguido de muchísima gente; allí estaba, nos contaba, Bartimeo, el ciego, junto al camino, pidiendo limosna. Habiendo oído que era Jesús el Nazareno, comenzó a dar voces, diciendo: «Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí». Y nos contaba también el profesor que le reñían mucho por sus gritos. Sin embargo, él subía más la voz: «Hijo de David, ten compasión de mi». *Entonces se paró Jesús y le man-*

*dó llamar y arrojando su capa, al instante, se puso en pie y vino hacia Jesús. Y Jesús le dijo: «¿Qué quieres que te haga?» El ciego le respondió: «Señor, que vea». Y Jesús le dijo: Anda, que tu fe te ha curado. Y de pronto vio, y le iba siguiendo por el camino (Marcos 10, 46-52). «Cuando mañana, nos decía aquel maestro, pase Cristo por las calles de Sevilla gritarle con el corazón: «Señor, que yo vea», y de seguro que se cumplirá el milagro y podréis seguirle siempre por su camino».*

Os confieso que desde niño me impresionó la fe del ciego de Jericó y desde entonces cada vez que, al cabo de los años, la Custodia en ese día luminoso de Sevilla pasa ante mí, de rodillas, sigo queriendo tener la fe de aquel hombre; y también desde entonces, casi sin darme cuenta, he unido siempre ante el misterio de la Eucaristía, el del Amor y el de la Fe. Creer y amar.

He aludido antes, de pasada, a los seises. Ellos van a poner el contrapunto de sus frágiles voces en el concierto de la mañana del Corpus, que es la procesión. Y cantarán y trenzarán sus danzas durante ocho días después, en la Catedral, ante el Tabernáculo. Los seises van a recoger una tradición antiquísima, que puede remontarse desde finales del siglo XVI; estos niños simbolizan una Sevilla universal y su canto único, el entrelazado de sus danzas y castañuelas será el asombro de los que lo contemplan por primera vez. Yo quiero recordar aquí al poeta entrañable, otra vez, Joaquín Romero Murube, cuando describía en el canto de aquellos niños: «Aquel trémulo chorro de alma infantil —decía— que descendía del cielo, vibraba en el aire solemne de la Catedral, temblaba hecho mística ternura de virgen y de santo, y se sostenía, entre las nubes blancas y azules del incienso, como la estela blanca que los ojos presienten tras el vuelo de la mariposa; aquella vira de plata trémula que el canto hacía cuajar, blandir, invisible, en el aire dormido, rubio, del templo; aquel rumor de gloria que desde el pecho iba al altar, a la mejilla de la Virgen, a Dios y al hombre... Seise, tú que sabías cantar a Dios y a la Virgen María decir la amargura, el llanto, el amor, el piropo; tú, David de nueve

años que bailaste la danza de la gracia ante el tabernáculo del Señor en los altares de Sevilla, con tu voz de cabritillo celeste, di a Dios en el cielo nuestras lágrimas, que tu voz —tu recuerdo— queda enterrada en el temblor de la Giralda, en el eco de sus campanas más puras...» («Sombra apasionada». 1929).

Sevilla, pues, puede ufanarse de tener una tradición eucarística que ha calado profundamente en el alma popular. Tradición que le viene de siglos; que con ejemplar justeza fue adaptando la devoción al Sacramento a los tiempos por los que transcurrió. Con su peculiar idiosincracia ha venido interpretando el sentir religioso de cada época. Pasaron las modas y costumbres y se mantuvo en toda su pureza el espíritu que animaba a esas Hermandades Sacramentales que desde entonces poseen un gran venero de espiritualidad. Hemos recibido una herencia preciosa, que no hemos de perderla sino acrecentarla más. El pueblo necesita la procesión en la calle para fortalecer su fe y para aumentar su Amor. La Eucaristía es Amor. «*Yo soy el pan vivo, que ha descendido del Cielo. Quien comiere de este pan vivirá eternamente: y el pan que yo daré es mi carne...*» (Juan 6, 51). También necesita, como el ciego de Jericó, que Cristo salga a la calle para poderle «ver» y seguir después su camino.

Busquemos todas las rutas posibles para que quienes nos rodean conozcan el Amor, el mandamiento que se nos dio el Jueves Santo al instituir Cristo la Eucaristía. Entonces podremos decir a todos los aires y a todas las gentes, las palabras del sacerdote en la Misa, después de la Elevación: «¡Este es el Sacramento de nuestra fe!»